



# Arrupe, veinte años después

**BORJA VIVANCO DÍAZ**

DOCTOR EN ECONOMÍA Y LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA

Arrupe se comprometió en conseguir que las instituciones gestionadas por la Compañía de Jesús se ubicaran a la vanguardia de la transformación social, desde la opción preferencial por los pobres

**H**oy se cumplen los veinte años de la muerte de Pedro Arrupe, superior general de la Compañía de Jesús, entre 1965 y 1983. Falleció en Roma en 1991, a la edad de 83 años, cuando se conmemoraba el quinto centenario del nacimiento de Ignacio de Loyola. Arrupe fue el único vasco, después de san Ignacio, que gobernó la Compañía de Jesús y quien, además, lo hizo en uno de sus momentos más creativos, decisivos y críticos. Si Ignacio de Loyola fue el «vasco más universal» de toda la historia, Arrupe comparte con Miguel de Unamuno ser uno de los más internacionales del siglo XX. A su vez Arrupe disputa a Unamuno el título de 'bilbaino más universal'; lo que no disgustaría, a buen seguro, al insigne rector de la Universidad de Salamanca, ya que con orgullo declaraba que la Compañía de Jesús comprendía una de las mejores aportaciones de los vascos a la Humanidad.

De Arrupe se han reseñado cualidades, como su carisma y sus dotes de liderazgo; su resistencia a la adversidad; su generosidad y compromiso con los pobres; su diálogo sincero con los valores contemporáneos; su misticismo encarnado en la realidad más viva. Pero cabe también hablar del Arrupe intelectual, dotado de una inteligencia proverbial; siempre puesta al servicio de las personas más necesitadas y capaz de discernir cuál es la misión, en el mundo de hoy, de la varias veces centenaria Compañía de Jesús.

Si Arrupe no hubiera insistido, a sus superiores de la orden, en su interés de ser enviado como misionero a un Japón que desconocía por completo, muy probablemente habría sido destinado a alguna universidad jesuita, lo más probable en Estados Unidos, para dedicarse de por vida a la entonces incipiente psiquiatría.

Yo descubrí a la Compañía de Jesús a través de la figura de Arrupe. Fui alumno en el mismo colegio en el que Arrupe transcurrió su etapa escolar y, en una ocasión, tuve en mis manos su expediente, glosado de matrículas de honor, curso tras curso. El premio Nobel Severo Ochoa, quien coincidió con Arrupe en sus años de estudiante de Medicina en Madrid, confesó que el luego jesuita ganó un premio en fisiología, al que él mismo también se presentó. Cuando Arrupe abandonó abruptamente sus estudios universitarios, uno de sus profesores, el comunista y más tarde último presidente de la II República, Juan Negrín, escribió a sus hermanas con la esperanza de que le hicieran desistir de abrazar la vida religiosa, ya que estaba en la convicción de que se encontraba a las puertas de una prometedora carrera académica y profesional.

Arrupe fue elegido general de la orden de los jesuitas en 1965. En ese instante, la Compañía de Jesús había alcanzado el mayor número de miembros de toda su historia (36.000) y, al igual que ahora, destacaba por su potencial educativo. Solo en Estados Unidos, por

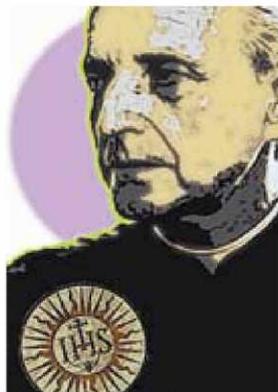
ejemplo, contaba con 18 universidades. Y en el Concilio Vaticano II, clausurado ese mismo año, los jesuitas acababan de sobresalir por sus posicionamientos reformistas y aperturistas.

En ese contexto social y eclesial, Arrupe se comprometió en conseguir que las instituciones gestionadas por la Compañía de Jesús se ubicaran a la vanguardia de la transformación social; desde la opción preferencial por los pobres, que emerge de la identidad cristiana. Consciente que las élites económicas, que hasta entonces poblaban los centros de enseñanza jesuitas, rara vez se involucraban en la lucha por la justicia, Arrupe viajó por medio mundo reiterando la necesidad de fomentar proyectos educativos y sociales dirigidos a las clases populares.

Así que si el existencialista y ateo Jean-Paul Sartre arengaba en las aulas parisinas durante el 'Mayo del 68', Arrupe irrumpió inesperadamente, en el transcurso de su visita a Brasil, en la asamblea de los estudiantes que se habían declarado en huelga en la Universidad Católica de Pernambuco; dispuesto a reconocer todos sus derechos como alumnos y deseando compartir sus inquietudes de cambio social con ellos.

Arrupe, fiel devoto del Sagrado Corazón de Jesús o del rezo diario del rosario, educado en el conservadurismo religioso, burgués y clasista del Bilbao de inicios del siglo XX, supo tender puentes de diálogo entre el cristianismo y las corrientes socioculturales dominantes de los años 60 o 70. En 1980, en pleno auge de la Teología de la Liberación, redactó un ensayo de gran valor intelectual –a caballo entre la sociología y la teología– con el fin de evaluar el análisis marxista. Y aunque rechazó el marxismo como única fuente metodológica para conocer e interpretar la realidad, también descubrió connotaciones éticas en su seno.

Todos los días miles de alumnos cruzan apresurados la pasarela 'Pedro Arrupe', que se levanta sobre la ría de Bilbao, en dirección a la Universidad de Deusto, que les recibe con un busto del jesuita en sus umbrales. Muchas veces he pensado pararme por un momento, para contarles que aquel bilbaino estuvo presente en Hiroshima el día que la bomba atómica estalló y que, de inmediato, organizó un hospital de campaña en el que miles de heridos fueron atendidos. Me gustaría relatarles que, en sus años de estudiante, limpiaba en secreto los retretes de sus compañeros, aprovechando el tiempo de recreo. O quisiera recordarles también sus palabras, cuando proclamó que el humilde y caritativo beato Francisco Gárate, portero de la universidad, fue «quien impartió la mejor lección en Deusto». Y es que lo más distintivo de una universidad jesuita como Deusto es conseguir que su alumnado sea representante de la juventud con valores. Porque, además, lo mejor que los vascos poseemos es aquello que, a su vez, es patrimonio del mundo entero. E Ignacio de Loyola y Pedro Arrupe constituyen el ejemplo más evidente de ello.



:: ALEMÁN AMUNDARAIN